



LA CALIDAD DE VIDA COMUNITARIA

Fr. Felicísimo MARTÍNEZ

Madrid

0. INTRODUCCIÓN: ENTRE EL IDEAL Y LOS LÍMITES

La calidad de vida es un asunto personal. Pero, la calidad de vida de las personas está en relación directa con la calidad de la convivencia.

El éxito en la vida humana se mide básicamente por el éxito en la convivencia, en la comunicación, en las relaciones personales. El éxito en la vida evangélica, también. Esto se puede decir de muchas formas. Por ejemplo: el éxito o el fracaso en el amor –en el sentido más genuino de la palabra- marca el éxito o el fracaso en la vida de las personas, tanto a nivel humano como a nivel evangélico.

Alguna forma de comunidad es esencial a todas las formas de vida humana, y, por supuesto, a esta forma de vida humana que llamamos vida religiosa. Es condición de posibilidad para garantizar la calidad de vida humana y evangélica de los hermanos y de las hermanas.

Eso sí, conviene tener un poco de sentido de la realidad -o de sentido común- para no equivocarse de entrada. Una concepción demasiado romántica e ideal de la comunidad y de la convivencia, aunque se trate de comunidades religiosas, puede dar lugar a fracasos y frustraciones innecesarias. Este fenómeno ha sido muy frecuente en las décadas recientes en las que el discurso sobre la comunidad religiosa ha sido a veces excesivamente angélico y estético y escasamente realista. Esto nos ha llevado con frecuencia a confundir el ideal con la realidad, lo pensado con lo realizable. No se debe olvidar: la convivencia entre los seres humanos es una de las tareas más arduas que enfrentamos, también en la vida religiosa. Por eso, hay que enfrentarla con mucho realismo.



Hoy tenemos que reconocer que nuestras comunidades están aún muy lejos de los ideales diseñados, y que nuestra convivencia no siempre tiene la debida calidad humana y evangélica. Pues bien, en esta crisis de realismo es importante no caer en la trampa de esperar a que se arreglen las cosas para comenzar a vivir. Esto sería una especie de suicidio. Sería un error, una gran equivocación, diferir el tiempo de la fidelidad a la vocación, del compromiso con la misión, de la vida con calidad... hasta que contemos con la comunidad ideal que hemos soñado.

El momento actual de la vida comunitaria es un momento en el que es necesario ejercitar la compasión, la misericordia, la solidaridad, el perdón, la reconciliación, la corrección fraterna, la animación mutua... Y no simplemente para ser más piadosos o más perfectos, ni para dar ejemplo a los demás, sino para fomentar la calidad de vida propia y de los hermanos y hermanas, para ayudarnos a vivir alejados de toda amargura, de toda tristeza honda, de toda acedia monástica, de toda soledad deshabitada...

1. SOBRE ALGUNOS FACTORES DE LA CALIDAD DE VIDA COMUNITARIA

La comunidad es un elemento irrenunciable de la vida religiosa, aunque las formas de organización comunitaria son múltiples. Es cierto que cada Orden o Congregación tiene un sello de familia que marca el modelo de comunidad, la forma de relacionarse entre sus miembros, el espíritu y el estilo peculiar de gestionar la convivencia, el gobierno, la autoridad, la obediencia.... Hay en la vida religiosa auténticos espíritus de familia, como los hay en las familias de sangre. Pero en todas las familias religiosas, sea cual sea su concepción de la comunidad, deben estar presentes algunos elementos comunitarios, que son también irrenunciables para una comunidad y una convivencia con calidad.

1.1 ELEMENTOS TEOLOGALES

Es más que un tópico describir la vida religiosa como don y tarea. Pensar en la calidad de de vida comunitaria pide identificar lo que hay en ella de don, de raíz y experiencia teologal, y de tarea, lo que hay en ella de compromiso de las personas que forman las comunidades.

a) La comunicación de fe y la oración comunitaria

En primer lugar, es necesario recordar que se trata de familias o comunidades religiosas. Por consiguiente, la **comunicación de fe** es condición esencial para cultivar la calidad de vida comunitaria. No se trata de alimentar el sentimentalismo religioso ni de situarse en una especie de segundo piso místico, que ignora las realidades de la tierra. No es necesario estar todo el día



hablando de Dios o de cosas piadosas para mantener esta comunicación a nivel de fe. Se trata de compartir la experiencia de fe en medio de la dura realidad de cada día; se trata de compartir nuestras convicciones religiosas más profundas, nuestras reacciones creyentes o dubitantes ante la vida, el sufrimiento y la alegría, la salud y la enfermedad, el entusiasmo apostólico y el cansancio, el éxito y el fracaso, el crecimiento de la justicia y el escándalo de la injusticia... Se trata, sobre todo, de comprender que es la común fe en Jesucristo la verdadera razón de nuestro vivir en común y el fundamento de nuestra convivencia.

El cultivo de esta dimensión teologal de la comunidad tiene mucho que ver con el cultivo de la oración comunitaria. Ésta no sólo es un medio para la santificación de los religiosos y las religiosas; es también un medio importante para fraguar la cohesión comunitaria. No es fácil comprender cómo se puede conseguir calidad de vida en una comunidad en la que están ausentes la oración compartida y la celebración común. Cuando falta el sustrato teologal es muy difícil mantener una convivencia con calidad evangélica.

No todos los días se puede hacer una oración carismática y espontánea; ni la fantasía ni quizá el Espíritu dan para tanto. Es bueno tener materiales de apoyo para cuando falta la inspiración o libros para la oración y la celebración con esa riqueza de formas de oración que nos ha dejado la tradición cristiana. Pero no se puede confundir la oración comunitaria con el rezo rutinario y formal. Que no es lo mismo rezar o recitar que orar. Ni siquiera el cuidado estético de la oración es suficiente, para cubrir ese elemento irrenunciable de la comunidad que es la oración compartida y la celebración común. Es bueno cuidar la estética de la oración y de la celebración. Pero la dimensión estética no es suficiente. La experiencia teologal no se conforma con la experiencia de lo bello, sino que nos conduce hasta la experiencia de lo divino.

b) La búsqueda comunitaria de la verdad

Otro aspecto esencial de la calidad de vida comunitaria es la **búsqueda de la verdad en común**. Tocamos aquí un elemento esencial de la vida dominicana. No se ha de confundir la verdad con un asunto meramente académico. La verdad es un ideal mucho más integral y mucho más pegado a la vida que a la academia. No es sencillamente un asunto de docentes, académicos, investigadores o profesionales de las ciencias. La verdad es ante todo un asunto evangélico: vivir en la verdad, hacer la verdad. Y es un asunto directamente relacionado con la calidad de vida de las personas y con la calidad de la convivencia. La verdad es condición de posibilidad para la calidad de vida personal y comunitaria. Fuera de la verdad todo se construye en falso, pero, sobre todo, se construye en falso la convivencia. Por lo tanto, fuera de la verdad es imposible la calidad de vida.

La calidad de la convivencia aún es compatible con el error, con la ignorancia, con las limitaciones de nuestros conocimientos... Pero, es incompatible con la mentira. La mentira es una negación intencionada de la verdad, un ocultamiento querido de la realidad. La mentira es la carcoma de la convivencia en las relaciones cortas o interpersonales y en las relaciones largas



o relaciones políticas, económicas, culturales... entre los grupos, las naciones, los pueblos. Por eso tiene tanta importancia hoy ganar la batalla de la información en los medios de comunicación social para ganar cualquier batalla.

Si, pues, la verdad es condición de posibilidad para la calidad de la convivencia, la búsqueda y el servicio a la verdad es misión esencial de toda comunidad que se precie de evangélica. Y el vivir en la verdad es condición de posibilidad para cualquier persona y cualquier comunidad que quiera procurarse calidad de vida. La búsqueda común de la verdad es condición imprescindible para la calidad de vida comunitaria. En este sentido, el estudio comunitario, la reflexión comunitaria, la búsqueda comunitaria de la verdad... son esenciales para cultivar la calidad de vida en nuestra convivencia.

c) Los supuestos de la convivencia evangélica: fe en Jesús y reconciliación comunitaria

El tercer elemento que incide más directamente en la calidad de la vida comunitaria es **la convivencia** entre los miembros de la comunidad. La calidad de ésta es la medida exacta de la calidad de vida de las personas. Por eso, es necesario cuidar con esmero la convivencia en las comunidades.

Desde el punto de vista teológico, los dos grandes pilares de una convivencia evangélica son la fe común y la reconciliación permanente. En las décadas recientes la vida religiosa ha hecho un esfuerzo encomiable por incorporar los resultados de las ciencias humanas para mejorar la calidad de vida de las personas, la calidad de la convivencia, la salud de las comunidades... Necesitamos tener en cuenta la dimensión humana para poner fundamentos a la vida evangélica.

Pero la experiencia nos ha enseñado en las décadas recientes que todas las ciencias humanas no son suficientes para garantizar calidad de convivencia en las comunidades religiosas, si faltan las bases teológicas. Por eso es esencial cultivar las bases teológicas de la convivencia en las comunidades religiosas. De lo contrario, nuestra convivencia, antes o después, está abocada al fracaso. No debemos considerar convivencia evangélica aquella que se limita a la coexistencia pacífica o a los pactos de no agresión, estrategias tan frecuentes en el actual momento de la vida religiosa. Una convivencia reducida a esos mínimos no puede arrojar altos niveles de calidad de vida en las personas.

La primera base teológica de la convivencia en la vida religiosa es la **común fe en Jesucristo**. Esto es lo que une a todos los hermanos y hermanas por encima de todas las diferencias de origen, de cultura, de carácter, de formación, de ideología, de opciones políticas... Si no es en nombre de esa fe común en Cristo Jesús, ¿en nombre de qué hemos de vivir juntos y asumir o tolerar nuestras diferencias? Esa es la base teológica de la convivencia en las comunidades religiosas. Eso es lo que queremos cultivar, entre otras cosas, en la oración comunitaria: la fe común y la común experiencia de Dios, que sustenten nuestro proyecto común de vida y misión.



Otra base teológica de la convivencia en la comunidad religiosa es la **práctica comunitaria de la reconciliación**. Probablemente la ausencia de la celebración comunitaria del perdón y la reconciliación es uno de los factores que más han contribuido al deterioro de la convivencia y al debilitamiento de la calidad de vida en las comunidades. La falta de esta práctica comunitaria de la reconciliación hace que la mayor parte de los problemas de convivencia no tengan tratamiento público. Quedan a expensas del tratamiento privado y así se generan malentendidos y, a la postre, se crea un ambiente comunitario tenso, irrespirable, insoportable... en el que se hace imposible una vida sana, una convivencia gratificante, una calidad de vida elemental. Es necesario recuperar la palabra pública, para cultivar la calidad de la convivencia.

Pero, sobre todo, la falta de la práctica periódica de la reconciliación en las comunidades hace que se vayan acumulando irreconciliaciones sobre irreconciliaciones. Los seres humanos somos frágiles y necesitamos constantemente del perdón. Hemos de pedirlo y recibirlo periódicamente, so pena de quedar psicológica y espiritualmente aplastados por el sentimiento de culpa, encorvados bajo el peso de nuestros pecados.

Pero, además, si falta este ejercicio comunitario de la reconciliación de forma periódica, lo más probable es que los problemas se vayan enquistando. Un problema enquistado es un problema al que ya ni somos sensibles. Y éste es el mayor enemigo de las comunidades y de la convivencia. Acontece cuando ya no se hace conciencia de los problemas, cuando ya apenas se distingue el bien del mal.

Para cultivar la vida comunitaria y la calidad de la convivencia sería importante una celebración periódica de la reconciliación comunitaria. Que la comunidad nos ayude a discernir nuestra propia vida y nuestras propias actuaciones. Que la comunidad nos proporcione el ambiente –de oración y celebración- para pedir perdón. Que nos otorgue la gracia de escuchar la palabra del perdón... Es la única forma de conseguir la reparación periódica de los daños que sufren con frecuencia la convivencia, la comunidad y sus miembros.

1.2. ELEMENTOS DE COMPROMISO PERSONAL

Pero la calidad de la convivencia se alimenta también de otros **aspectos humanos**, profundamente humanos, que no por eso dejan de tener verdadera densidad evangélica. Aparte de estas bases teológicas, también es necesario prestar atención a aspectos humanos, profundamente humanos, de la vida comunitaria y de la convivencia. No se garantiza la convivencia saludable sólo a base de mística. Somos humanos y hemos de cuidar la dimensión humana de nuestra vida.



Para cultivar la calidad de la convivencia, es necesario cultivar algunos aspectos fundamentales de la comunidad y de las relaciones entre sus miembros.

a) La convivencia educada

La calidad comunitaria requiere **educación**. No se trata sólo de aprender un protocolo de comportamiento y limitarnos a unas relaciones formales, de modo que desaparezca toda espontaneidad y toda calidez en el trato. Para que haya comunicación y convivencia humana tiene que aparecer la persona, lo más hondo de la persona. La espontaneidad, la sencillez y la frescura son necesarias para vivir como hermanos y hermanas o simplemente para comunicarse como seres humanos.

Pero la espontaneidad, la sencillez o la frescura no están reñidas con la educación; aún más, necesitan de ella. No es lo mismo ser una persona espontánea y sencilla que ser un fresco. La espontaneidad no consiste en dar rienda suelta a los instintos primarios y dar cauce a las reacciones compulsivas, sin ningún miramiento a los derechos y a la sensibilidad de quien tenemos enfrente. Consiste en ser uno mismo, en no ensayar demasiado las poses, no pretender ser lo que no somos, no vivir de apariencias, de formalidades, no convertir la vida y la convivencia en una comedia o en una obra de teatro.

La educación se alimenta de gestos muy sencillos. Saludar es una forma de reconocer la presencia del otro y hacer sentir la propia. Negar la palabra o la mirada es incomprensible entre seres humanos, muchos más entre hermanos o hermanas. Es como desconocer la dignidad del otro o de la otra. Pedir las cosas por favor es eliminar todo despotismo en las relaciones y hacer sentir importante al hermano o la hermana. Pedir excusas y ofrecerlas es una forma de reconocer la fragilidad de nuestra convivencia y la necesidad permanente de repararla, para que el deterioro no vaya en aumento. Se puede ser educado y disidente. Se pueden cuestionar ideas, posturas, decisiones... de otros miembros de la comunidad, y ser educado. En la educación no está en juego solamente un protocolo de comportamientos formales. Está en juego la relación personal. Está en juego el reconocimiento de los derechos y la dignidad de cada persona.

b) La comunicación interpersonal

La calidad comunitaria requiere un mucho de **comunicación**. No es lo mismo vivir juntos o bajo el mismo techo que estar comunicados. No es lo mismo discutir ideas que comunicarse personalmente. La comunicación personal es una implicación de la persona en la relación con los demás. Para ello es preciso romper muchos falsos pudores que se acumularon en las comunidades religiosas a causa de una educación deficiente o a través de malos hábitos adquiridos. No es pecado mirar a los ojos, pero hay que aprender a mirar respetuosamente y no descaradamente.



Debería ser normal en las comunidades religiosas escuchar preguntas como las siguientes: “¿Cómo estás?”, “¿Qué te pasa?”, “¿Cómo te ha ido?”... y otras similares. Que sean preguntas normales no quiere decir que sean rutinarias y reiterativas hasta la saciedad o que sean constantes intrusiones en la vida ajena. Significa sencillamente que esas preguntas deberían ser la forma normal de preocuparnos por los demás miembros de la comunidad.

Y, si hay que aprender a mirar, también hay que aprender a hablar. Quizá se charla mucho y se discute mucho sobre asuntos impersonales y se habla poco desde la entraña de las personas. Por eso la comunicación es escasa y la soledad se agranda. Quizá hay que buscar momentos oportunos para hablar de tú a tú o de tú a nosotros. Igual hay que buscar momentos de distensión, fuera de los espacios trillados. Hay que eliminar miedos al encuentro personal, que siempre es exigente y sobre todo nos compromete, nos obliga a desnudar el alma y a cargar con el costo de dolor que lleva consigo la escucha compasiva del otro.

Por lo demás, también conviene aguzar la imaginación para crear espacios de comunicación a nivel comunitario. No basta con tener las reuniones prescritas por la ley simplemente por el hecho de que están prescritas. No basta dedicar reuniones a asuntos administrativos y de gestión. Es necesario fomentar reuniones con otra agenda, otros asuntos y otros objetivos más directamente relacionados con la vida de los hermanos y hermanas. Necesitamos encuentros y coloquios para el diálogo distendido sobre asuntos que atañen directamente al sentido y la calidad evangélica y humana de nuestra vida; encuentros y coloquios en los que no estemos presionados y obsesionados por dar solución a los grandes problemas de obras e instituciones, de gestión y administración. Estos encuentros son absolutamente necesarios para fomentar el diálogo y para evitar que los problemas se enquisten sin que nadie tenga el coraje ni siquiera de verbalizarlos y llamarlos por su nombre. Estos silencios sobre problemas comunitarios hacen mucho daño a la convivencia y a la comunidad. Generan un malestar comunitario sordo, una especie de ambiente pesado, una tensión que dificulta la espontaneidad en la comunicación.

c) El aprendizaje y el ejercicio del diálogo

Y es preciso aprender a dialogar y practicar el **diálogo**, aprender y practicar la cultura democrática. El diálogo es ya un ejercicio de comunicación personal, mientras sea sincero y honesto. En el mero hecho de dialogar va implícito el reconocimiento de la dignidad del otro. Y también es una forma de implicarnos solidariamente en los asuntos que atañen a toda la comunidad y a cada uno de sus miembros.

La capacidad de diálogo se mide por la capacidad de sinceración propia y de escucha a los demás. Se mide por la capacidad de aceptación de las diferencias. También en la vida religiosa, ya que la común vocación y común fe no nos dispensan de nuestras diferencias personales. Hoy día la comunicación y el diálogo deben ayudarnos a aceptar el pluralismo y a construir la convivencia a pesar de la diferencia de edades, de caracteres, de teologías, de ideologías,



de formas pensar, de hacer y de misionar... Ser dialogante significa ser tolerante, que no es lo mismo que ser permisivo o caer en el relativismo absoluto. No se dialoga más y mejor cuando todo da lo mismo, porque en ese caso no vale la pena seguir hablando.

El objetivo del diálogo y de la democracia en la comunidad religiosa es facilitar la convivencia y la misión buscando el mayor consenso posible dentro del pluralismo. El pluralismo dialogado y discernido no impide la convivencia; la enriquece. Tampoco es necesariamente un obstáculo para la paz. Oportunamente procesado, el pluralismo ofrece la posibilidad de buscar una convivencia armónica, pacífica y enriquecedora en medio de las diferencias.

d) La gestión adecuada de los conflictos

La calidad de la convivencia no implica necesariamente la ausencia de conflictos, pero sí requiere el procesamiento adecuado de los mismos. El conflicto no es necesariamente una patología de la comunidad; según la teoría funcional, puede ser un auténtico incentivo que enriquece la convivencia. Eso sí, conviene tener muy en cuenta que, por lo menos, hay dos tipos muy distintos de conflictos. Unos son conflictos de poder, a ver quién manda más o tiene más poder. Normalmente estos conflictos son incompatibles con el Evangelio de Jesús. Otros conflictos están motivados por el intento de fidelidad al Evangelio, al menos por una de las partes en conflicto. De este tipo de conflictos está llena la vida de Jesús y de sus seguidores. Estos conflictos pueden ser conflictos evangélicos. No son necesariamente incompatibles con la caridad cristiana. Antes bien, son el costo de la caridad más auténtica, de la fidelidad al Evangelio de Jesús. Esta fidelidad exige a veces el disenso, la diferencia, el debate, la resistencia, el conflicto..., porque hay valores evangélicos ante los cuales no se debe capitular.

e) La comunicación de bienes y servicios

Pero la calidad de la convivencia no termina en el ejercicio de la comunicación verbal y del diálogo. Tiene su prueba de fuego en otro tipo de comunicación: **la comunicación de bienes y servicios**. La salud de una comunidad religiosa se mide por la transparencia en los asuntos económicos y administrativos. Transparencia de ingresos y gastos por parte de la comunidad y por parte de cada uno de sus miembros. Y también se mide por el nivel de colaboración solidaria de todos los miembros en las tareas y los servicios comunitarios. Quien se sustrae a esta colaboración está atentando directamente contra la comunidad y, al mismo tiempo, está dando lugar indirectamente a un deterioro de la calidad de vida de sus miembros. Porque la falta de transparencia en los asuntos económicos y administrativos y la falta de colaboración en los servicios comunitarios por parte de alguno de sus miembros siempre genera malestar colectivo. Los agravios comparativos no favorecen nada la convivencia. El aflojamiento de la comunicación de bienes y servicios ha supuesto en algunos ambientes religiosos una agresión directa a la vida comunitaria.



2. EL FESTEJO DE LA VIDA Y SU CELEBRACIÓN COMO INDICADORES Y ESTÍMULO DE LA CALIDAD DE VIDA COMUNITARIA

Finalmente, otro aspecto que la comunidad religiosa debe cultivar para cuidar la calidad de la convivencia y la calidad de vida de sus miembros es **la fiesta y la celebración**.

Todo grupo humano necesita de la fiesta y la celebración. Éstas proporcionan al grupo cohesión social e intensifican las relaciones entre sus miembros. Acrecientan en las personas la alegría, el entusiasmo, el gusto por vivir y convivir... El grupo que no celebra se muere, al igual que los sentimientos que no se expresan o no existen o están a punto de desaparecer. Todas estas afirmaciones son válidas también para la comunidad religiosa. Aunque es una comunidad de fe, no por eso deja de ser un grupo humano.

2.1. POTENCIALIDADES Y DIFICULTADES DE LA ALEGRÍA Y LA FIESTA

Una medida importante de la salud de una comunidad es la alegría reinante entre sus miembros. Esa es también la medida de la calidad de convivencia y de la calidad de vida de las personas. En este sentido, quizá las comunidades religiosas tengan que hacer una profunda revisión de vida, pues crece la sensación de que escasea la alegría en ellas y va creciendo un cierto ambiente de tristeza ambiental. No es verdad necesariamente que cualquier tiempo pasado fue mejor, pero tampoco se puede negar que en la mayoría de las comunidades los tiempos pasados fueron más alegres, que había más entusiasmo y más lugar para la fiesta, para las celebraciones, para el ocio y el juego compartido. La edad de sus miembros es una variante del problema, pero no lo explica todo.

En los últimos tiempos han pasado muchas cosas que han acarreado cambios profundos en la concepción de la fiesta y en las formas de diversión. Quizá hemos perdido un poco esa inocencia e ingenuidad infantil que se necesita para cantar y danzar y jugar y reír sin complejos. Un falso pudor se ha apoderado de nosotros, y nos tiene atrapados sin salida. Por otra parte, ha crecido el individualismo y se han multiplicado las posibilidades de cultivar el ocio y la diversión por propia cuenta. Era lógico que decenas de monjes enclaustrados en un monasterio se implicaran a tope cuando llegaba el momento de los juegos colectivos. Y es normal que frailes liberales con todo el campo libre y todas las posibilidades imaginables para buscar distracción a gusto del individuo, no estén tan interesados por los juegos y las diversiones colectivas. Y muchas comunidades religiosas en este momento están pobladas de frailes y monjas “liberales” en este sentido.



Por lo demás, se han multiplicado en las comunidades las *tecnologías* que permiten hacer frente a los tiempos de ocio y cultivar la diversión individual. Las celdas se van poblando de radios, minicadenas o maxicadenas, televisores y videos, consolas y ordenadores con toda clase de juegos y programas... ¿Qué necesidad hay de buscar a los hermanos para compartir el ocio si tenemos tantos compañeros virtuales? Es simbólico y significativo que la mayoría de esos artilugios lleven como complemento unos cascos que aíslan al sujeto de todo el mundo exterior. Así cada cual acaba refugiándose en sus soledades, canta para dentro, danza consigo mismo... Algo está pasando en esta cultura que ha modificado tan drásticamente los hábitos de fiesta y diversión aún en las comunidades religiosas.

Para completar el panorama, la sala común o la sala de recreación, tan importante casi como la sala capitular en la tradición monástica, está cada vez más despoblada en muchas comunidades e incluso ha cambiado la composición del lugar. La distribución de las sillas o los sofás ya no tiene estructura comunitaria; todas miran para el mismo ángulo, el de la televisión que se ha convertido en habitante imprescindible de la casa. La *TV* sirve con frecuencia para disimular los silencios tensos y los conflictos, para matar el tiempo y el aburrimiento, para servirnos ocio y distracción, para proporcionarnos juegos y deportes pasivos... etc. Ya no es necesario en absoluto mirarse a la cara, hablar o contar historias, cantar o reírse juntos, jugar juegos de mesa u otros... Ahora casi todo es pasivo, también los deportes.

2.2. LA RECUPERACIÓN DE LA FIESTA Y LA CELEBRACIÓN

Hay comunidades que han caído en la cuenta de las fatales consecuencias de este panorama y están de regreso. Intentan recuperar la fiesta y la celebración comunitaria.

La fiesta o la celebración son ese tiempo de recreo común que cumple numerosas e importantes funciones en la vida comunitaria. Distiende las tensiones y es como una válvula de escape para el estrés y la presión que producen el trabajo y también la convivencia. Hay muchos problemas de convivencia que se caen o se desdramatizan por el simple hecho de que los implicados vuelvan a jugar y a reírse juntos. El tiempo de la fiesta nos ayuda a recobrar la alegría, sin la cual la vida no tiene sabor ni sentido. Cuando la risa desaparece del todo, algo preocupante está sucediendo en una comunidad. La carcajada no equivale a la felicidad, pero ésta tampoco se alimenta sólo de seriedad y caras adustas y fúnebres. Las personas capaces de animar la fiesta y la celebración son un don para las comunidades. La función del “payaso” –el que hace reír, aunque él esté llorando por dentro- es muy importante en las sociedades, y no sólo en las de los niños. A veces necesitamos su actuación más los adultos que los niños.

Y el tiempo de la fiesta y la recreación nos devuelve el entusiasmo que necesitamos para vivir y convivir. Hoy la vida religiosa está urgida de entusiasmo. Porque ésta es una vida demasiado organizada, demasiado



establecida, demasiado regular... y se presta a la rutina, a la monotonía, al aburrimiento. Sólo cuando la fiesta rompe la inercia del tiempo regular, cuando quiebra la rutina y la monotonía, cuando nos despierta de la modorra y el aturdimiento... entonces la vida comienza de nuevo a tener sentido y sabor. Y recobramos el entusiasmo. El entusiasmo es un fenómeno carismático, un fenómeno asociado a la presencia activa del Espíritu. Por eso suele ser característico de los "espirituales". Y los religiosos y religiosas deberían ser hombres y mujeres carismáticos y espirituales. Para lo cual no hace falta dejar de ser humanos.

Es importante aguzar la imaginación para animar la fiesta y la celebración. Pero, en todo caso, que nadie subestime la importancia de la fiesta para la construcción de la comunidad. Que no es menos importante que todos los demás aspectos que venimos comentando. Es factor determinante de la calidad comunitaria y de la calidad de vida de las personas.

CONCLUYENDO

El realismo más elemental nos invita a no perder el tiempo, a no perder la vida, esperando pasivamente y de brazos cruzados el momento comunitario paradisiaco. Éste es nuestro momento, nuestro tiempo, el que nos ha tocado vivir. Y sólo tenemos éste. Éste es el contexto en el que Dios nos ha llamado a vivir nuestra fidelidad al Evangelio, y a buscar en ella sentido y sabor, plenitud de vida, calidad de vida. Es el tiempo para cumplir nuestra misión en la vida.

Afirmar que la calidad de vida no depende sólo ni principalmente de las garantías comunitarias es sólo poner realismo en todo este asunto. Es una invitación a tomar conciencia de que hoy hemos de cuidar la calidad de vida propia y ajena en tiempos de invierno, de crisis, de fragilidad comunitaria. Pero al mismo tiempo es una invitación a luchar con todas las fuerzas para reconstruir la comunidad, que es base fundamental de la vida religiosa.

BIBLIOGRAFÍA

CIARDI, F. *Expertos en comunión*. Madrid , San Pablo, 2000.

CONGREGACIÓN PARA LAS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA, *La vida fraterna en comunidad*, 1994.

JUAN PABLO II, *La vida consagrada*. Madrid , San Pablo, 1996.

MARTINEZ, M. *Discernimiento personal y comunitario*. Madrid , San Pablo, 2001.

MARTINEZ DIEZ, F. *Refundar la vida religiosa. Vida carismática y misión profética*. Madrid, San Pablo, 1994, pp. 233-263; *Vida religiosa y calidad de vida*. Vitoria, Frontera-Hegian, 2005.



METZ, J. B. *Las Ordenes Religiosas. Su misión en el futuro próximo como testimonio vivo del seguimiento de Cristo.* Barcelona, Herder, 1988.

CUESTIONES PARA EL DIÁLOGO COMUNITARIO

1. ¿Qué relación tiene la calidad de la vida comunitaria con la calidad de vida de las personas?
2. Enumera y analiza algunos elementos teologales irrenunciables para una convivencia con calidad en las comunidades religiosas.
3. ¿Qué función otorgas a la fe común en Cristo Jesús y a la práctica comunitaria de la reconciliación en relación con la calidad de la convivencia?
4. ¿Cuáles son los aspectos humanos más importantes para una convivencia y una vida comunitaria con calidad?
5. ¿Cómo fomentar la comunicación y el diálogo entre los miembros de las comunidades religiosas?